

# Los Estados Unidos y España: Percepciones, imágenes e intereses

## *The United States and Spain: Perceptions, images, interests*

Stanley G. PAYNE

### RESUMEN

Este trabajo lleva a cabo un repaso general, tanto de las relaciones hispano-norteamericanas, como de la visión que desde los Estados Unidos se tenía de España, a lo largo de los últimos dos siglos. Asimismo, el autor recuerda sus propias experiencias como ciudadano norteamericano, dedicado durante varias décadas al estudio de la Historia contemporánea de España.

### PALABRAS CLAVE

Relaciones España-Estados Unidos  
Hispanismo norteamericano  
Acuerdos de 1953  
imágenes de España en los Estados Unidos  
Relaciones culturales

### ABSTRACT

This work presents an overall vision of Spain-United States relations, and of the images of Spain that existed in the United States during the last two centuries. The author also remembers his own experience as a North American citizen devoted to the study of Spanish contemporary History over several decades.

### KEY WORDS

Spain-United States Relations  
North American Hispanism  
Agreements of 1953  
Spanish images in the United States  
Cultural relations

Al principio, las relaciones entre España y los Estados Unidos tuvieron mucha importancia. Todos los aficionados a la historia saben que la Corona española intervino militarmente contra Gran Bretaña en la guerra de la independencia americana, aunque es cierto que el típico manual de historia americana nunca menciona los éxitos de Bernardo de Gálvez contra las fuerzas británicas en el sur y en el Caribe. En el siglo XIX, en cambio, estas relaciones perdieron protagonismo, a pesar del hecho de que la legación estadounidense en Madrid fue una de las tres más importantes durante muchas décadas.

En los primeros años de la República norteamericana, su actitud con respecto a España y la cultura española se nutrió de dos fuentes principales: por un lado, de los residuos de la Leyenda Negra, todavía muy vivos sobre todo entre algunos de los sectores más protestantes; por el otro, de un cierto respeto básico por la alta cultura española, principalmente su literatura, una apreciación que, aunque de forma no muy clara o penetrante, se remontaba al siglo XVII.

El primer hispanismo norteamericano, por ejemplo, se formó durante el segundo cuarto del siglo XIX. George Erving, el encargado de negocios en Madrid durante los años veinte, se interesó tanto por los idiomas y la cultura del país que en 1829 publicó el primer libro que salió en inglés sobre el idioma y la cultura de los vascos. El hispanismo norteamericano tiene ya un abanico de casi dos siglos.

Escritores de Estados Unidos, como se sabe, participaron en la forja del mito de la España romántica. De esta corriente no ha habido libro más duradero que el famoso *Tales from the Alhambra* de Washington Irving. Publicado en 1831, sigue a la venta casi dos siglos después con ediciones sucesivas. Una gran parte de los libros de viaje y de historia sobre España publicados en Estados Unidos durante el siglo XIX seguían en esta veta, pero sin la misma distinción literaria. Un poco más tarde saldrían las primeras ediciones clásicas del hispanismo erudito, con la muy extensa *History of Spanish Literature* de George Ticknor (1849) y los muy leídos, durante muchos años, libros de historia de William Hickling Prescott, este último el más destacado defensor de la Leyenda Negra de su época.

Richard Kagan ha definido recientemente lo que llama «el paradigma Prescott», base de la imagen de España en Estados Unidos durante muchos años, según el cual el significado principal de España era que representaba todo lo opuesto de la República norteamericana, su intrínseca antítesis. «América fue el futuro—republicana, emprendedora, racional; mientras España—monárquica, indolente, fanática—representó el pasado»<sup>1</sup>. Esta visión—visión más que análisis—estaba entonces muy extendida, y sería representada en una serie de libros de historia sobre España y sobre el suroeste hispánico durante el siglo XIX. Encontraría además una resonancia popular durante la guerra del 98. En esa contienda, las caricaturas de prensa representaban típicamente a España con la figura de un viejo torero decrepito de barba blanca, símbolo del pasado, sin vigor para afrontar ni el presente ni el futuro.

---

<sup>1</sup> Kagan, Richard: *Spain in America: The Origins of Hispanism in the United States*, Urbana and Chicago, ed. R. L. Kagan, 2002, p. 10.

Algo irónicamente, la guerra del 98 coincidió más o menos cronológicamente con el primer florecimiento del hispanismo de alto nivel científico. Esta eclosión fue producto del crecimiento universitario norteamericano durante la última parte del siglo XIX. Cuando estalló la guerra, casi todas universidades tenían cátedras de literatura española. Con el comienzo del siglo XX, se presenta la obra del insigne historiador Henry Charles Lea y se produce la apertura en 1904 de la *Hispanic Society of America*. Así, en 1909, el destacado hispanista británico Martin Hume pudo hablar de lo que llamó, con alguna exageración, la «instintiva atracción mutua» entre España y los Estados Unidos, y afirmar que el mundo académico norteamericano «era ahora absolutamente preeminente» en el mundo entero por sus estudios sobre España. Tres años antes, Miguel de Unamuno había dicho cosas semejantes en una conferencia en Salamanca<sup>2</sup>.

Con todo, el hispanismo ha sido siempre una flor exótica cultivada por una elite, y durante la primera parte del siglo XX la prensa y la atención pública se ocupaba poco de España. Las noticias sobre España alcanzaron un nivel más notable solamente con el advenimiento de la República y luego con la insurrección revolucionaria de 1934. La Segunda República produjo originalmente comentarios favorables, pero empezaron a cambiar con la creciente inestabilidad y violencia. Después de 1934 los noticiarios de cine, en sus breves transmisiones sobre España, terminaban frecuentemente con un punto de interrogación, en el sentido de «¿A dónde va España?»

Se suele decir que la opinión norteamericana apoyó —al menos sentimentalmente— al bando republicano en la guerra civil. Según todos los sondeos eso es cierto. Pero hay que recordar que esta tendencia se refiere solamente a los que tenían alguna opinión, porque las encuestas igualmente demostraban que —nada sorprendentemente— la mayoría de la población no tenía opinión alguna, ni en pro ni en contra de nadie. Hay que recordar que una parte de la población estadounidense todavía cree, en pleno siglo XXI, que España está en algún rincón de Sudamérica.

De la minoría que se presume ilustrada, todos los sondeos indicaban que durante la guerra española una fuerte mayoría favorecía a los republicanos, aunque hasta entre este sector había muy pocos deseos de intervenir. La imagen de Franco y de los Nacionales parecía malísima, y así la causa republicana gozó del apoyo sentimental, no solamente de la progresía regular y de los izquierdistas de Hollywood, sino también de alguna gente más bien conservadora —gente que, por ejemplo, en España hubiera apoyado a Franco sin más.

Es importante recordar que durante los años treinta una gran mayoría de la población norteamericana se declaró desilusionada con las guerras europeas y con la participación en la Primera Guerra Mundial, que muchísimos creían un resultado de la manipulación propagandística británica. Así, el Congreso en Washington reiteró varias veces su total neutralidad en la contienda ibérica, aunque el Presidente Roosevelt, en parte movido por razones estra-

---

<sup>2</sup> *Ibidem*, pp. 1-2.

tégicas, cambió de parecer en 1938, y trató infructuosamente de alentar la venta de armas a la República a través de otros países<sup>3</sup>.

Todavía durante dos años después de finalizar el conflicto español, la política norteamericana hacia España sería esencialmente pasiva, para pasar al nivel de política activa con la entrada americana en la guerra mundial. El primer embajador ante Franco, Alexander Weddell, llegó al punto de romper las relaciones con el prepotente ministro español de exteriores, el arrogante Serrano Suñer, a la vez que calculaba erróneamente que Franco no se inclinaría seriamente del lado del Eje. No estaba muy al tanto de las cosas en Madrid.

La beligerancia de Estados Unidos requirió un embajador más competente que fuera capaz de tratar eficazmente con los nuevos líderes españoles, ya fuesen fascistas arrogantes o no. En 1942 Roosevelt nombró al distinguido historiador Carlton J. H. Hayes. Aunque no era un hispanista, Hayes había tenido una carrera brillante en Columbia University, donde logró fama de ser el más importante historiador americano del nacionalismo europeo contemporáneo<sup>4</sup>. Carlton Hayes fue el más interesante y el más importante de todos los embajadores de Estados Unidos durante la larga época del franquismo. No fue sólo el más distinguido y mejor conocido en términos personales, sino también un converso al catolicismo y un simpatizante de los Nacionales durante la guerra civil. Estas últimas calidades probablemente fueron factores determinantes en su nombramiento, basándose en la creencia de que podría entenderse mejor con los franquistas católicos. Esta apreciación era especialmente importante en el momento de su llegada en Madrid en 1942, cuando la situación bélica permanecía muy incierta, y lo que Roosevelt esperaba de Franco era sobre todo tranquilidad y que se mantuviera fuera de la guerra. Un año y medio más tarde, cuando la balanza se inclinaba claramente hacia los Aliados, es muy posible que Roosevelt no hubiera escogido a alguien como Hayes. En términos generales Hayes tuvo éxito en su misión, cumpliendo fielmente la política de Roosevelt, cada vez más y más hostil a Franco, a la vez que supo mantener relaciones personales amistosas. En esto último superó a su colega británico, Sir Samuel Hoare, aunque a largo plazo la postura británica fuera menos negativa para el gobierno español. Hayes deja claro en sus memorias —y es el único embajador de Estados Unidos ante Franco que publicó sus memorias— que la imagen que él se formó del Jefe de Estado español fue mucho más positiva que lo habitual en los medios informativos americanos, a pesar de que la diplomacia de Hayes tuvo que ser más y más exigente.

---

<sup>3</sup> Roosevelt conspiró brevemente en un intento de enviar armas por medio de su cuñado, G. Hall Roosevelt. Esta iniciativa terminó después del cierre de la frontera francesa otra vez en junio de 1938. F. Freidle: *Franklin D. Roosevelt: A Rendezvous with Destiny*, Boston, 1990, 271-72. Cf. el informe del embajador republicano Fernando de los Ríos, transmitido por la embajada soviética a Moscú, en Radosh, R., Habeck, M. R. y Sevostianov, G.: *Spain Betrayed: The Soviet Union in the Spanish Civil War*, New Haven, 2001, pp. 428-29.

<sup>4</sup> En términos académicos, había sido, para variar el término alemán, mi *Doktorgrossvater*, es decir, el director de tesis de mi propio director de tesis. El profesor Shepard Clough, quien dirigió mi tesis sobre el nacionalismo falangista, había escrito treinta años antes una tesis sobre el nacionalismo flamenco, bajo la dirección de Hayes.

La política norteamericana hacia el gobierno español durante la guerra mundial pasó por tres etapas. La primera, de 1942 y una parte de 1943, fue la más moderada, sin exigencias aparte de la no entrada de España en la guerra. La segunda fue una etapa de presión creciente, que llegó a ser muy exigente durante los primeros meses de 1944, forzando una serie de cambios en la política de Franco. La tercera etapa, la de los últimos meses del conflicto, fue meramente una intensificación de la segunda, hasta forzar al gobierno español a entrar más directamente dentro de la órbita de los Aliados. Sobre este tema esperamos la terminación del nuevo libro del profesor Joan María Thomás, de Tarragona, que nos ofrecerá la primera historia completamente sistemática de las relaciones entre España y los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial.

La imagen básica de la España franquista que reinaba en los medios americanos durante la guerra fue simbolizada por la breve película de actualidades, o NODO, como se decía en España, que apareció a mediados de 1943 bajo el título de *Inside Fascist Spain* (Dentro de la España fascista). Representó a la España de Franco como un régimen básicamente fascista, orientado hacia Alemania, y provocó una protesta diplomática oficial por parte de Madrid. Igualmente, Washington se mostró más decidido que Londres a seguir una política de línea dura con Madrid durante el último año de la lucha.

Franco, quien era siempre —como decía el embajador británico— un «dictador complaciente», parece haber creído realmente que adquiriría una buena posición en el escenario internacional con sus cambios diplomáticos y cosméticos realizados al final de la guerra. El aislamiento impuesto en 1946 fue, hasta cierto punto, una sorpresa para el régimen. Sin embargo el dictador, que se había equivocado tan fundamentalmente en cuanto a la guerra mundial, se benefició de la ventaja de tener una visión más certera a largo plazo del panorama internacional de la posguerra que la de un estadista de la izquierda liberal pro-soviético como Franklin Roosevelt. Tuvo que esperar algunos años, pero al fin ganaría.

Después de la guerra, durante los años 1945 y 1946, no se puede decir que la imagen del régimen hubiera variado mucho dentro de los Estados Unidos, y esto quedó reflejado en la política oficial. El mismo presidente Truman, cada vez más firmemente antisoviético, fue siempre un antifranquista convencido. Era masón y protestante, y reaccionó fuertemente ante la discriminación religiosa practicada en España, sobre la cual estaba informado con algún detalle. Su afiliación religiosa era baptista, y solía decir que «un baptista no puede ser enterrado legalmente en España». Aunque con el comienzo de la Guerra Fría su política oficial con respecto a Madrid empezó a cambiar, no habría ningún acuerdo oficial con Franco mientras Truman fuese presidente.

El año de inflexión en las relaciones hispanonorteamericanas fue 1947 —especialmente la segunda mitad de 1947—, cuando comenzó la Guerra Fría. Empezaría entonces un largo proceso de casi seis años de transición, durante el cual inicialmente no había ningún consenso en Washington. Aunque nunca se había apoyado una política de intervención militar para derrocar a Franco, la actitud crítica en cuanto a la forma del régimen no fue abandonada de un solo

golpe, sino paulatinamente a lo largo varios años. Con los primeros pasos inciertos de reaproximación al régimen, no se pensaba necesariamente en la rehabilitación total de la dictadura tal como existía, sino en una política doble, de nuevos lazos diplomáticos, militares y económicos, al mismo tiempo que se alentaba la reforma del sistema político.

Desde fecha tan temprana como 1948, el cálculo que se hacía de la situación militar apremiaba más y más. Después del golpe comunista en Checoslovaquia, el temor a una invasión soviética, por exagerada que parezca hoy, aumentó rápidamente. El Pentágono calculaba que muy probablemente no sería posible defender a todo el Occidente de Europa ante el ataque de un ejército soviético muy superior en número, y durante meses se proyectó el concepto de dos baluartes —las islas británicas y la península ibérica— que se podrían defender hasta que una fuerza americana, mucho más grande que la existente entonces, pudiera empezar la reconquista del oeste del continente desde estas posiciones. La oposición francesa, en esta coyuntura, al plan del Pentágono se basó probablemente menos en el rechazo político de Franco, aunque esto también influía, que en el rechazo de un proyecto estratégico que preconizaba el abandono de Francia a manos de otro poder totalitario. El gobierno británico, más o menos por las mismas razones, también se oponía.

Toda gran guerra o larga competición trae consigo un cierto pragmatismo político y estratégico, un recurso a la práctica del «mal menor». Hubo muchos ejemplos de ello durante la Segunda Guerra Mundial. Las potencias occidentales, por ejemplo, trataron de mantener buenas relaciones con la Italia fascista, y llegaron hasta ofrecerla algunas concesiones, en un intento de evitar la implementación de su pacto con Alemania. Luego, cuando se produjo el desembarco aliado en el norte de África, se llegó a un acuerdo que duró un tiempo breve con altas personalidades de la Francia de Vichy, y si hubiera sido posible, se habría llegado a un acuerdo directamente con Pétain. De todos los compromisos y concesiones políticas, los más extensos con diferencia fueron los ofrecidos a la Unión Soviética; se llegó a formar una gran alianza con el totalitarismo estalinista y se le ayudó a ganar una gran extensión de su poder. De esta forma, la gran guerra para destruir el fascismo se convirtió al mismo tiempo en una guerra para asegurar la expansión del totalitarismo. Esta fue una política amoral en un sentido, porque al comienzo de la guerra la historia criminal de la Unión Soviética era mucho más extensa que la de la Alemania Nazi en cuanto al número de víctimas, pero también resultó una política necesaria para ganar la guerra y superar el trance desastroso en que Hitler había colocado el mundo.

Pues bien, la Guerra Fría, que fue en cierto sentido la tercera guerra mundial, estimuló la misma clase de cálculo con respecto al régimen de Franco, aunque a un nivel más modesto. Los enemigos de la *entente* con Franco presentarían el argumento de que las dos situaciones no eran equiparables, porque la incorporación de España al sistema de seguridad occidental (por incompleta que fuera) no resultaba indispensable desde un punto de vista estratégico. Obviamente los casos eran muy diferentes, y no había comparación con las presiones agobiantes de la Segunda Guerra Mundial, pero en las guerras se buscan siempre todas las ventajas posibles.

En cuanto al lado soviético, todavía sabemos poco con seguridad sobre cual era el papel de España en sus planes. Stalin nunca había olvidado la derrota en España, ni tampoco la lucha de la División Azul en Rusia. Por ello hizo del régimen de Franco un blanco principal de la diplomacia soviética en la posguerra. Hay alguna indicación en las memorias soviéticas de un plan de contingencia para una invasión anfibia de la península ibérica, con el fin de acompañar la posible gran invasión del oeste, aunque es dudoso que existieran los medios prácticos para llevar a cabo una operación de este tipo. También por parte española se hicieron planes de contingencia de invasión de Portugal de diciembre de 1940, sin que se conozca el menor intento de implementarlo.

Cuando se finalizó el acuerdo en 1953, el gobierno norteamericano se dio por totalmente vencido en cuanto a la reforma del régimen español, aunque esto no estuvo tan claro durante los años anteriores, salvo en la mente de Franco. Hay que recordar que el propio ministro español de exteriores, Alberto Martín Artajo, sugirió en una ocasión al embajador americano que las presiones de Washington podrían alentar eficazmente la reforma del régimen, algo en lo que originalmente, según parece, Martín Artajo creía de verdad.

El proceso de aproximación entre Washington y Madrid fue largo y algo tortuoso, duró casi seis años y exigió un cambio de administración americana para poder consumarse. Franco llevaba la ventaja de que había poquísimas posibilidades de manipulación política en Madrid, mientras que las autoridades americanas resultaron mucho más permeables. En Madrid no hubo nada comparable al «Spanish lobby» que el gobierno español consiguió montar en Washington. Sí constituyó una muestra de cinismo enviar como diplomático especial a alguien como Lequerica, el antiguo «embajador de la Gestapo» en París, en cambio fue algo más normal emplear a un abogado importante como Charles Patrick Clark para que defendiera los intereses del gobierno español, y al parecer la operación tuvo pleno éxito.

Los dos grupos de presión que apoyaron vigorosamente el entendimiento con Franco fueron los militares, por un lado, y los representantes políticos católicos (en ambas cámaras del Congreso) por el otro. La guerra de Corea, coincidiendo con los últimos y más duros años del régimen de Stalin, estimuló la tensión de la Guerra Fría al máximo, y es muy posible que sin este estímulo el acuerdo nunca se habría finalizado. Stalin cometió muchos errores y cálculos equivocados en su política exterior, y la agresión en Corea fue uno de los peores, aunque luego estaría dispuesto a luchar hasta el último soldado coreano y chino. Sea como fuere, aunque la animadversión contra el régimen de Franco nunca desapareció en Washington, la guerra de Corea la dispó bastante. El hecho básico de que los pactos de 1953 fueron justamente eso, pactos (técnicamente en inglés «executive agreements» o «acuerdos presidenciales») y no tratados formales, como hubiera deseado Franco, demuestra que no todo había cambiado en cuanto a la imagen de Franco y la valoración de su régimen. Eisenhower, el nuevo presidente, albergaba la sospecha, probablemente bien fundada, de que un tratado con Franco nunca ganaría las dos terceras

partes necesarias en el Senado para ser ratificado oficialmente, además de que tampoco convenía tanto a la administración Eisenhower firmar un tratado.

¿Cuáles fueron, para Washington, los objetivos principales de los pactos? Sin duda fueron varios, algunos de ellos más importantes que otros. El propósito principal era obviamente la utilización de la situación estratégica de España en la competición militar con la Unión Soviética. En esa fase de la Guerra Fría, el poder de disuasión occidental dependía mucho de las fuerzas del SAC, el *Strategic Air Command*, y sus aviones de bombardeo con armamento atómico. España podía proveer nuevas facilidades en una región clave. El apoyo estratégico marítimo y logístico también era muy importante, gracias a la construcción de una gran base naval en la costa. Pero todo ello no estaba exento de complicaciones, porque las bases perderían su importancia si no pudieran ser activadas casi instantáneamente en caso de emergencia. De ahí la insistencia en la soberanía y la estipulación de que, en el caso de una «agresión soviética», los aviones podrían ser utilizados sin más, con la mera obligación de notificar al gobierno español de ello. No se definió explícitamente en qué consistía una «agresión soviética».

La relación fue esencialmente asimétrica porque no incorporó a España plenamente a todo el sistema de seguridad occidental, ni protegía su flanco sur. A pesar de ello, otro objetivo, aunque secundario, era el mejoramiento de la fuerza militar española para poder proteger el oeste del Mediterráneo con más eficacia ante un posible ataque soviético. Ello se tradujo en ayuda militar directa a las fuerzas españolas en varias formas, aunque en esta dimensión se logró menos de lo esperado.

Un objetivo añadido fue el desarrollo económico y la modernización del país para hacerlo más fuerte, dotarlo de condiciones más estables, y por lo tanto más capaz de contribuir a la defensa común. Para lograr esta meta se proporcionó ayuda económica directa e indirecta, y se insistió en la necesidad de una mayor liberalización de la política económica y un mayor grado de incorporación al mercado internacional. En este aspecto fue mucho más lo logrado a largo plazo. No se puede decir que el apoyo y la influencia económica norteamericana fuera el factor decisivo en la liberalización eventual del sistema productivo, cuyo paso más importante se dio en 1959, pero fue uno de los factores concurrentes. De todos los objetivos norteamericanos, éste fue el más importante para el bienestar de España a largo plazo.

Se podría periodizar la historia de las relaciones estratégicas en cuatro fases principales: 1) la etapa inicial de transición lenta de 1947 a 1953; 2) el período clásico del pacto original de 1953 a 1970; 3) un tercer período de términos ajustados y menos asimétricos de 1970 a 1982; y 4) una última etapa bajo Felipe González, la de la renegociación final que eliminó la dependencia unilateral.

¿Es posible decir que la imagen de España o de su gobierno cambió dentro de los Estados Unidos a partir de los pactos de 1953? Ciertamente se suavizó, y con el aumento del turismo durante los años cincuenta hubo más contactos al nivel individual. Un Franco aliado no podía



ser despreciado en términos exactamente iguales a los de la inmediata posguerra, ni podía manifestarse el mismo grado de hostilidad que se percibía en algunos países europeos. Pero no había que hacerse demasiadas ilusiones.

Puedo ilustrar la reacción instintiva de muchos americanos ante el régimen franquista con la siguiente anécdota: En febrero de 1959, mientras yo investigaba en España por vez primera, recibí inesperadamente la llamada de un viejo profesor mío que dirigía un grupo turístico en viaje por España. Me invitó a acompañarles en una visita a El Escorial y a cenar después con ellos. Al finalizar la visita al monasterio de Felipe Segundo, una señora mayor exclamó al guía en inglés: «Pero, ¿dónde está la tumba del dictador? ¿Por qué no podemos ver la tumba del dictador?» El guía español contestó con gran frialdad: «Señora, aquí en España no nos referimos al general Franco como 'el dictador,' y el Valle de los Caídos no se abre hasta dentro de dos meses». Para una parte considerable de los americanos, Franco seguiría siendo simplemente «el dictador.»

Pasados pocos años, como se sabe, las *arrières pensées* sobre algunos aspectos de los Pactos crecerían, incluso al interior del régimen mismo. La cesión parcial de soberanía sobre las bases, el problema de la nuclearización, las dimensiones de la ayuda al ejército español, y la ausencia de una integración plena en un marco de seguridad completa para todos los intereses españoles eran los problemas principales. Los primeros intentos de revisión consiguieron muy poco, porque el margen de maniobra del gobierno español era realmente estrecho. En cambio, alguna iniciativa más independiente de la diplomacia española, como los gestos hacia los países árabes en el momento de la guerra de 1967 en Medio Oriente, provocó reproches de Washington por «ayudar los designios soviéticos.» Finalmente, en la segunda renovación de los pactos llevada a cabo en 1970 se consiguió restaurar la plena soberanía española sobre las bases.

Durante todos estos años de la década de los cincuenta y sesenta, el gobierno vendía en todas partes la imagen de la España turística, «de pandereta». Muchos han señalado la ironía de una situación en la que un régimen originalmente nacionalista a ultranza recogía una gran parte de los tópicos decimonónicos provenientes del extranjero. Que era una estrategia rentable no cabe duda. Presentaba el más útil y atractivo conjunto de imágenes exóticas para estimular el turismo, y esta campaña probablemente tenía un impacto proporcionalmente mayor en Estados Unidos que en Europa. El turismo europeo se orientaba más hacia el sol y la costa, cosas que se pueden encontrar con igual facilidad en el sur de Estados Unidos, y a más bajo precio para el ciudadano americano. El turismo norteamericano dependía proporcionalmente más de la venta de lo exótico.

En el nivel de la elite, el hispanismo floreció como nunca antes durante esa etapa de prosperidad prolongada y expansión gigantesca de las universidades. Como de costumbre, predominaban los profesores de literatura española, pero un rasgo notable de los años sesenta fue la eclosión del hispanismo historiográfico. Durante aquella década hubo un interés muy especial por la historia contemporánea, y el interés hacia la historia de España, entonces el gran país

«excepcional» de Occidente, se centraba en su historia contemporánea para tratar de explicar los fracasos de la primera mitad del siglo. Al comienzo de la siguiente década conseguimos organizar la Sociedad para Estudios Históricos sobre España y Portugal (SSPHS), una entidad internacional que tiene ahora casi trescientos afiliados.

Después de la segunda renovación de los pactos en 1970, se sintió por primera vez en Washington incertidumbre sobre el porvenir de las relaciones, como consecuencia de la avanzada edad del dictador. ¿Qué pasaría en España?, se podía preguntar por primera vez en un cuarto de siglo. Por eso en 1971 el presidente Nixon mandó a Madrid al general Vernon Walters, políglota e hispanohablante, y entonces el número dos en la CIA. Franco le aseguró a Walters que dejaría tras su muerte una España estable, que se liberalizaría algo más pero que no sería una democracia típica. Mucho más tarde, en 2002, un escritor diría erróneamente en *ABC* que Franco había predicho que la gran expansión de las clases medias en España garantizaría la estabilidad. Según la versión original de Walters, Franco, mucho más en su línea, insistió en que sería el ejército la garantía de la estabilidad futura<sup>5</sup>.

Poco después, el Departamento de Estado empezó a hacer más caso de Madrid. En años anteriores los embajadores en España habían sido a veces de segunda fila. Recuerdo uno que fue nombrado, según parece, porque era el único almirante puertorriqueño en la marina estadounidense. De todas formas, sabía español y era muy simpático. En 1974, en cambio, se nombró a Welles Stabler, un diplomático de carrera con gran experiencia y alta calidad. Con frecuencia, después de haberse nombrado un embajador nuevo, el Departamento de Estado organizaba un seminario de un sólo día, invitando a especialistas académicos en el país indicado, con el fin de asesorar al nuevo representante antes de su salida de Washington. En el seminario que se organizó para Stabler encontramos a un nuevo embajador bastante preocupado por su responsabilidad en Madrid, temiendo que tendría que enfrentarse con una situación tan tensa como la que ocasionaba la revolución portuguesa en aquellos meses.

Una de las varias facetas irónicas del año en el que se produjo la muerte de Franco fue el cambio de postura del Partido Comunista de España. Durante muchos años había combatido la conexión americana con fervor. Ahora, habiendo abrazado el «eurocomunismo», tema de un libro entonces recientemente publicado por Santiago Carrillo, se fijaba en Washington por una razón muy diferente, como la posible garantía de un cambio democrático, capaz de contrarrestar la oposición de los militares españoles «continuistas».

Se había formado una llamada «Junta Democrática», integrada por algunos pseudocarlistas y también por nada menos que el Pretendiente Don Juan. Este no confiaba entonces en la suerte política de su hijo y de ahí su extraña alianza, que le granjearía el apodo de «rey de los rojos». La Junta pretendía fomentar una intervención norteamericana en la transición política. Entre los muchos «pressure groups» existentes en Washington en aquellos años,

<sup>5</sup> Walters, V.A.: *Silent Missions*, New York, 1978, pp. 555-56.

había una entidad titulada *Fund for New Priorities*, representando una posición de izquierda liberal. Con la ayuda de algunos diputados de izquierda, consiguió montar en la *Caucus Room* de la *House of Representatives* una reunión informal de representantes de la Junta con algunos académicos y especialistas que podrían ratificar el mismo punto de vista, en un intento de asesorar y persuadir al Congreso norteamericano de la necesidad de que Washington tomara alguna iniciativa. Allí se solicitó una fuerte presión por parte del gobierno americano después de la inminente muerte de Franco, como el único modo de evitar el continuismo político en España.

Por razones que desconozco, yo fui también uno de los invitados a aquella reunión, y enseguida me constituí en una minoría de uno, como el único discrepante que había. En esa ocasión, menos de seis meses antes de la muerte de Franco, yo estaba convencido de que el Príncipe empezaría un cambio democrático, probablemente con éxito, y que toda ingerencia norteamericana sería tan innecesaria como contraproducente.

En mi intervención subrayé que Juan Carlos, como rey, probablemente sería capaz de llevar a cabo una reforma fundamental sin necesidad de una ruptura formal ni de ingerencias extranjeras; y que la idea fija de mis colegas en ese coloquio, la de que el ejército intervendría inevitablemente, se basaba en un desconocimiento de la verdadera historia política del ejército español. Cuando un gobierno mantenía la ley y llevaba a cabo reformas legales sin alterar el orden y el derecho, y era además apoyado por la mayoría de la población, el ejército no podía asumir la responsabilidad de tratar de derrocar un poder civil basado en el consenso<sup>6</sup>. Uno de los representantes comunistas en esta reunión fue el sociólogo Manuel Castells, y cuando nos vimos después, unos tres años más tarde, exclamó «¡tuviste razón!». Huelga decir que eso me gustó, pero el hecho remite la cuestión de qué capacidad tenemos en las ciencias sociales de predecir los acontecimientos políticos. Me parece más que dudoso. Aún así, la transición española no fue una transición cualquiera: se trataba de un país grande del occidente de Europa, en gran parte desarrollado al nivel occidental, que ya contaba con casi todos los prerequisites. Fue un caso especial.

El primer ministro español de exteriores de la transición, José María Areilza, ha escrito sobre la actitud de su contraparte americana, Henry Kissinger, que éste apoyaba el proceso de democratización, pero «sin demasiado afán, exigencias ni prisas», y con una cierta preocupación por si la transición pudiera alterar negativamente la situación estratégica en el sur de Europa y en el Mediterráneo<sup>7</sup>. La visita de los Reyes a Washington a mediados de 1976, casi coincidiendo con la formación del gobierno de Adolfo Suárez, tuvo un gran éxito y ayudó a consolidar el apoyo americano. Como representante de un régimen nuevo que avanzaba hacia la democracia, el gobierno español pudo conseguir en ese año, finalmente, el tratado

<sup>6</sup> Los textos de esta reunión fueron luego publicados como Spain: Chavkin, S. et al.: *Implications for United States Foreign Policy*, Stamford, Conn., 1976.

<sup>7</sup> Areilza, J.M. de: *Diario de un ministro de la Monarquía*, Barcelona, 1977, pp. 14-15.

oficial con los Estados Unidos que siempre le fue negado a Franco, superando el nivel de meros pactos ejecutivos. Igualmente pudo conseguir el comienzo de la desnuclearización, con el compromiso de la retirada de las armas atómicas tres años más tarde. Este logro fue debido también a la nueva configuración de las armas estratégicas, que hacía menos importantes los grandes aviones cargados con bombas atómicas.

Durante la «década maravillosa» de 1975 a 1985, el estudio serio de la política española y su sistema institucional se puso de moda en Estados Unidos por única vez en toda la historia contemporánea. Como al principio sólo había dos o tres politólogos en todo el país especializados en España, algunos de nosotros, especialistas en historia contemporánea, actuábamos de politólogos suplentes. Se formó así una especie de «circo viajante» compuesto por un reducido grupo de hispanistas que viajamos durante varios años de ciudad en ciudad, o de una universidad a otra, presentando el mismo coloquio, con ligeras variaciones, de supuestos expertos que trataban de explicar el proceso de la democratización. Al final acabó aumentando el número de verdaderos politólogos norteamericanos dedicados a la investigación de temas españoles. Pero todo esto fue fruto de una sola estación, o casi. Ya hacia el final de los años ochenta, cuando España había dejado de ser un país exótico y excepcional, el número de especialistas empezó a mermar. A pesar de ello, el país ha retenido la atención de más politólogos norteamericanos que antes, en parte porque ahora puede ser estudiado dentro del marco más normal de una democracia europea. Somos los historiadores contemporaneístas, en cambio, los que hemos bajado en número muy decididamente.

Para los hispanistas estadounidenses fue un motivo de gran satisfacción comprobar que España se había puesto de moda por razones positivas. En mi propio caso, el momento de mayor satisfacción tuvo lugar probablemente en octubre de 1978, durante el primer congreso de la Unión de Centro Democrático. Para este acontecimiento la dirección del partido había invitado a varios destacados políticos de Europa y del hemisferio occidental. De Estados Unidos invitó a tres senadores: un republicano, un demócrata liberal y un demócrata conservador. Como en ese año octubre fue el mes más intensivo de la campaña para las elecciones al Congreso americano, no pudo asistir ninguno de los políticos invitados. Pero la dirección del partido había invitado también a un cuarto norteamericano, que era yo, y yo sí asistí al congreso. Convertido en el único representante estadounidense, me encontré sentado en la primera fila de invitados, junto a Margaret Thatcher. Me di cuenta entonces de que estaba en el cénit de la que de otro modo habría sido mi inexistente carrera política, y conseguí disfrutar de ello al máximo. Me gustó la experiencia sobre todo porque el breve pero glorioso partido de Suárez fue la única agrupación política española de la época contemporánea con la cual me he sentido personalmente identificado. De hecho, ha sido un motivo de frustración para Juan Linz y para mí no haber podido persuadir a ninguna universidad norteamericana para que concediera un doctorado honorario a Adolfo Suárez.

Exactamente diez años después, el gobierno socialista de Felipe González obtuvo la rectificación final de la relación asimétrica entre Madrid y Washington, poniendo fin a una larga historia de cuatro décadas de duración. Tuvo lugar, lógicamente, en el ocaso de la misma Guerra Fría que la había fomentado.

Durante esos años millones de norteamericanos habían visitado España, uno de los destinos más frecuentados en Europa por ellos. La revolución informática y de la información misma, junto con la gran expansión de la investigación, han abierto un gran caudal de información y noticias, pero sería muy exagerado suponer que España es un país bien conocido ahora en Estados Unidos. Se dice normalmente que el ciudadano norteamericano se preocupa muy poco por el mundo exterior, y eso es cierto, aunque dudo que sea tan diferente de la situación en otras partes.

En el siglo XXI la imagen de España en Estados Unidos es positiva pero bastante difuminada. España no puede ser definida al nivel popular de los restaurantes, por ejemplo, como en los casos de Francia e Italia, y lo español normalmente se confunde con lo «hispanico». Sigue habiendo personas que creen que España se encuentra en alguna parte de Sudamérica, y se halla muy extendida la noción de que los españoles comen, como algo típico, platos picantes mexicanos, un estilo de comida que actualmente está muy de moda en Estados Unidos. En cambio, tópicos como el de la Inquisición han perdido vigencia relativa, y sólo son esgrimidos en términos puramente abstractos, como meros símbolos históricos.

Cuando España ha tenido una imagen clara y definida en Estados Unidos, normalmente ha sido por razones o muy negativas o distorsionadas. Me parece muy positivo que haya dejado de ser el país de la Leyenda Negra, o del gitano andaluz, o del llamado carnicero Weyler, o de las guerras civiles cargadas de atrocidades. Estas imágenes no han sido reemplazadas por otras igualmente dramáticas, pero la normalización tiene sus ventajas. No debemos quejarnos de ella.